

«Ahora vivo en Roma en el Palacio Mariscotti; y estoy casado con una señora austriaca de gran posición, nada menos que antigua directora de la educación de los archiduques en el palacio de Viena. Ella, por cierto, tuvo la honra de guiar por el sendero de la virtud y de la ciencia, el alma privilegiada del joven Maximiliano, en quien hace años pienso como en un posible emperador de México...»

— Algo de esto sabía, señor Gutiérrez, insinué con delicadeza; pero ignoraba que el proyecto de usted estuviera próximo á realizarse, pues según he sabido se trata de una intervención europea en México...

— Tratarse, como que se trata, dijo el viejecito con satisfacción... Mas hay tantos obstáculos que vencer, tantas voluntades que domeñar, tantos escepticismos que combatir, que es poco probable nos salgamos con la nuestra... Sin embargo, en los últimos tiempos ha cambiado todo tan radicalmente, que casi veo posible la realización de mis planes.

¡Oh, Señor! (y aquí lanzó un gran suspiro), que vea yo á mi patria regenerada, feliz y grande, por la adopción del régimen que en mala hora abandonó y á que la impulsaban todos sus precedentes históricos, y todo su glorioso pasado, y diré como el viejo Simeón *jam dimitte...* ¿Qué me importaría morir á condición de ver logrado el sueño de mi vida?... Napoleón III, este monarca agudo y sagaz,



cuya vida Dios conserve luengos años, piensa ya seriamente en poner remedio á la espantosa situación á que tiene orillado á México la demagogia que hoy priva allá... Hay mucho avanzado, y si la Providencia, que puede cambiar de un día á otro los cálculos mejor fundados, ó el diablo, que todo lo añasca, no deshacen como pueden este bello edificio, cosas hemos de ver que nos regocijarán grandemente.

— ¿Y se piensa, pregunté, en llevar á México algún príncipe de sangre real? De seguro que será el que vaya de la casa de España, que por tantos años gobernó felizmente esos países.

— No, dijo don José María, denegando enérgicamente, no; no había príncipe á quien elegir, pues el infante don Enrique en quien se había pensado acaba de morir en duelo; don Carlos, el hijo del conde de Montemolín, sería rechazado por los liberales, que al fin y á la postre son algunos en número; y otro príncipe no estaría dispuesto á ir á México.

El Emperador tiene un candidato: el señor duque de Aumale; mas esa rama menor de la casa de Francia es inadecuada para México. Un príncipe que tiene queridas, que las pasea, que vive en su compañía, que las lleva á las revistas y que las viste con uniforme guerrero, *fúgite*; nunca le aceptaríamos... Es un loco, un valiente, un enamorado y un hombre de grandísimo talento; pero ante

todo es un liberal y eso le inhabilita á nuestros ojos... Sobre todo, él no quiere nada con nosotros: le propuso lord Palmerston la corona de México, y respondió que gustaba de combatir contra las tribus africanas, pero que no quería luchar contra pueblos libres... ¡Piense usted, libre México!... ¡Qué cosas tiene el señor duque!

Vine aquí por causa de negocios, y un día del mes pasado recibí carta del excelente Pepe Hidalgo, anunciándome que



NAPOLEÓN III

nuestro proyecto de monarquía en México, con el príncipe Maximiliano por jefe, estaba próximo á realizarse, ya que contaba con el decidido apoyo de Napoleón... Semejante perspectiva era demasiado hermosa para que la creyera tan fácilmente realizable quien había llevado diferentes fracasos en 46, 53 y 59, en que la caída de los gobiernos conservadores había echado á perder planes perfectamente concebidos... Además, S. A. I. el señor Archiduque se encuentra demasiado alto para aceptar la jefatura de un pueblo revoltoso, tornadizo y de pésimo carácter; de un pueblo, en fin, en formación. Recluído en



el peñón de Miramar, donde tiene un preciosísimo castillo, goza á la continua el espectáculo más admirable del mundo... Casado con una princesa de rara discreción, de extraordinaria hermosura y de una casa tan elevada como la del señor Archiduque, espera numerosa y masculina sucesión, que reforzará los inmovibles cimientos en que reposa la casa real de Austria, sin duda la primera en el universo por su antigüedad y su importancia... Joven, bondadoso, trabajador, dotado por la naturaleza de un gran ingenio que él ha sabido cultivar y mantener, posee una gran apostura, un semblante tan dulce, bello y grato, que puede decirse de él lo que de nuestro divino Salvador: es el más hermoso entre los hijos de los hombres...

¡Oh! exclamó el viejo tirando de golpe el cigarrillo que fumaba, ¡oh! exclamó sollozando—y el ruido de sus sollozos se confundía con el que hacía el ascua al apagarse en la escupidera;— si nuestra patria lograra la fortuna de que un hombre así encabezara su regeneración, ya podía considerarse dichosa, ya podía cantar el *Te Deum* que indicara había recibido la visita del enviado del Señor, que se había dolido de ella para hacerla feliz...

Mas ¿cómo el Austria iba á consentir en que se desprendiera de su ilustre tronco esta rama que le vigoriza, esta hoja que le da brillo, esta flor que le embalsama, alegra y hermosea? ¿No promovería descontentos, quizás disturbios, quizás revoluciones, la separación de uno de

los archiduques más bien quistos entre el pueblo, más respetados por la nobleza, más queridos por el ejército, adoración de la marina, cariño y encanto de las testas coronadas extranjeras y de Nuestro Padre Santo embeleso, alegría y esperanza?...

A pesar de eso, Hidalgo, que sabe lo que he trabajado, lo que he sufrido por la idea monárquica, insiste en que me presente en Miramar, y que hablando al archiduque implore rendido á sus plantas el mejoramiento de mi pobre patria. Yo le contesté que estaba pronto á ir á Viena y á Miramar, si era necesario, y á dirigirme al señor archiduque (cuya negativa con dolor de mi corazón tengo por segura) en mi calidad de mexicano y á nombre de mi pueblo, como lo hice en otras épocas. El veinte me contestó Pepe por el telégrafo, insistiendo en que fuera á Viena y en que hablara en nombre de México y de los mexicanos, pues Francia es extraña á toda elección que no provenga del pueblo de nuestra patria... Ya tenía hechas mis maletas y estaba listo para marcharme, cuando me ocurrió solicitar pasaporte de Mr. Thouvenel, Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete del Emperador. Thouvenel ha pretextado que si se sabe que llevo pasaporte suyo, puede creerse que tengo comisión de Francia y de su Gobierno. En tan seria dificultad, ¿qué debí hacer? ¿Abstenerme de ir á Miramar, con riesgo de que S. A. acepte cualquier corona de las muchas que pueden



ofrecerle? ¿Revelar el secreto á alguien que pueda comunicar nuestro intento al Archiduque, pero con riesgo de que algo se transpire?

De los dos extremos escogí el menos malo, y acabo de contar nuestro secreto al encargado *ad interim* de los negocios de Austria, Mr. Mullineu, quien me ofreció decir todo al Conde de Rechberg, ministro austriaco de Relaciones... Y ahora, aquí me tiene usted sin saber si he de cantar el salmo de victoria ó entonar los trenos de desconsuelo; mas me dice mi corazón que no hemos de lograr nuestro intento, que es en vano pensar en que tan rápidamente se pueda hacer feliz á un pueblo, pues apenas se presentara S. A. los bandos darían de mano á sus disputas, el ejército aclamaría al salvador, el pueblo le llenaría de bendiciones y se verían el santuario dueño nuevamente de sus bienes, la religión en el altísimo lugar que le corresponde, la virtud llena de gozo, los buenos llamados á ejercer el Gobierno y todo en un estado de prosperidad, gloria y primor, que no habría nada que envidiar á pueblo ninguno.

Al llegar aquí el pobre apóstol estaba transfigurado; ya había depuesto el ceño que le acompañaba siempre, ya tenía libertad de movimientos, ya vagaba por sus labios la sonrisa que deben de tener los bienaventurados que van á gozar de las dichas celestiales.

De repente se echó á reír con risilla de conejo, de

esas que tienen los candorosos que quieran echársela de tremendos.

«¡Je, je, je, je! figúrese usted lo que dirá el indio Juárez en presencia de S. A. El con su levitilla negra, con su corbatín negro, con su sombrero de copa negro, y con su cara todavía más negra, enfrente del vástago de Carlos V, rubio, de ojos azules, alto, de gran barba, vestido de armiño, coronado con diadema de oro y diamantes, resplandeciente de bordados y condecoraciones, recibiendo el agasajo de las gentes, los gritos de agradecimiento y de ternura de los redimidos, el homenaje de los grandes, la lealtad de los pequeños y la reverencia de todos...»

Permaneció un momento con los ojos cerrados como para contemplar á su gusto aquella visión beatífica, y luego prosiguió:

«No deja de preocuparme esta cuestión importantísima: si el señor Archiduque llegase á aceptar, ¿qué gobierno plantearíamos mientras se presentaba? Juárez se parecería de seguro por entregar el gobierno á S. M. y ser el primero que le besara los pies; pero no, nunca consentiríamos que el enemigo de la Iglesia, el campeón de la demagogia, el ofensor de la sociedad honrada y el monstruo más espantoso que ha nacido en nuestra tierra, se pusiera en contacto con el gran príncipe que ha de mejorarla y aliviarla de sus penas... ¡Fuera Juárez! ¡nada de transacciones con él! y si acaso, como es seguro, pretende



algo de la benevolencia del nuevo soberano, no dejará él, que es tan clemente y justo, de darle algún juzgado de pueblo ó alguna comisaría de último orden; siempre que la católica nación mexicana (cosa que Dios no quiera) no lapide al liberalón en castigo de sus inmensos crímenes.

» Mejor me parece Zuloaga, que es hombre recto, concienzudo, desinteresado y generoso; le pondríamos como ministro universal al doctor Miranda, gran entendimiento y gran carácter, y todo marcharía como sobre carriles.»

— ¿Zuloaga, señor don José María? le interrumpí. ¡Pero si Zuloaga es hombre sin talento, sin partido, sin crédito y sin moralidad! ¡No puede usted figurarse qué cantidad de barrabasadas haría en México si se le dejara solo!

— ¡Cepos quedos, señora, cepos quedos! exclamó don José María, accionando con la mano derecha extendida, como si quisiera cortar el alcance de mis argumentos. Zuloaga no gobernaría solo, sino que tendría para que le sirviera de Pedro Recio al ejército francés y á todo nuestro partido, que no le dejarían cometer una sola de las barrabasadas que usted dice. Además, ¿de quién echa usted mano en aquel país absolutamente falto de gente útil y honrada? Márquez es mal visto á causa de las medidas de rigor que ha tomado y que le han granjeado fama deshonorosa en Europa. No le condeno, fíjese usted bien, y aunque soy poco amigo de espectáculos sangrientos, ignoro los descargos que él dará de su modo de obrar...

Miramón está en Europa, buscado y requerido por el Gobierno inglés, y no es cosa de ponerse á matar con la vieja Albión, que tiene que cooperar más ó menos directamente en la acción de Francia... Mejía, Cobos, Robles, Ayestarán, son muy poco conocidos para que nos fijemos en ellos... Convéznase usted, desde que Santa Anna desapareció de la escena, no ha habido un solo hombre en México...

— Mas con Santa Anna, hice observar, no podría contarse nunca, pues enemigo como es de la monarquía, en vez de ayudarnos quizás se constituyera en un obstáculo.

— ¡Cuán equivocada está usted, señora! tengo carta de ese general, por cierto de fecha muy reciente, y me dice entre otras cosas: «Hay que aprovecharse de esta feliz coyuntura á fin de conseguir la realización de nuestros vivos deseos. Ya usted sabe que á la ocasión la pintan calva, y que si no nos asimos del único cabello que ahora podemos coger, corremos riesgo de naufragar para siempre... El remedio de todos nuestros males es substituir la bufonada que llaman república por el gobierno de un emperador constitucional...» Además, si ese buen soldado no hubiera caído del poder, otro gallo nos cantara á la hora de esta: desde 1853 tuve comisión especial de arreglar la formación de la monarquía mexicana, negocio de vitalísima importancia, cuya consecución suspendió el triunfo de los de Ayutla. Hay, pues, que contar con San-



ta Anna, como él dice en su carta, para todo y con todo. Dios lo haga.

*3 de Octubre.* El buen don José María está como si le hubiera caído sobre la cabeza un trozo de firmamento, que pudiera meterse en el bolsillo. Ha venido á verme, trayéndome una carta que le escriben de Viena. Todo arreglado: Maximiliano acepta á condición de que le llame la mayoría del pueblo mexicano, que aprueben la candidatura su hermano y su suegro, y que Francia ayude para la consolidación del trono.

Ya podemos dar la cosa por hecha, dice el entusiasta y simpático don Pepe, saltando de gozo. Figúrese usted si vacilará el pueblo mexicano entre Cristo y Barrabás, entre un presidente negro como la tizne y un emperador rubio como unas candelas... S. M. Apostólico por el solo deseo de contribuir á que salga de la anarquía un país que perteneció á sus mayores, dará de buen grado el permiso; y por lo que se refiere á S. M. el rey de los belgas, ha dicho que la empresa es bella, y que aunque tenga mal éxito, será siempre honrosa. Quienes, quizás, opondrán alguna resistencia, serán los padres del archiduque, pues en 1859 que les hablé acerca del posible llamamiento de su hijo, se manifestaron francamente mal dispuestos.

De S. M. Napoleón III, ese político que vence al lince en penetración y al cocodrilo en perspicacia; de ese sobe-

rano que rige ahora los destinos de Francia, de ese capitán que tiene á Europa y al mundo pendientes de sus labios, yo respondo, yo respondo...

Y dió con una mano extendida un gran golpe en la mesilla coronada por un jarrón de flores exquisitas, al mismo tiempo que me tendía la otra con suma cortesía.

